

El síndrome de Jerusalén

JUAN BOLEA

Serie Florián Falomir





Destacado por la crítica como un renovador y un autor de múltiples recursos, Juan Bolea, escritor desde que nació (1959), ha firmado diecisiete novelas. Varias —*La melancolía de los hombres pájaro*, *El síndrome de Jerusalén*, *Orquídeas negras*— premiadas. Alguna —*Parecido a un asesinato*— en proceso de adaptación al cine. Unas son psicológicas, críticas con el poder, indagadoras de la naturaleza humana. Otras se ajustan a géneros, tramas de aventuras, novelas negras... Todas, ahormadas por un estilo directo y rico, por un ritmo vivo y originales argumentos.

Cuando no escribe, viaja, urde antologías, proyectos, imparte talleres literarios o dirige eventos culturales como Aragón Negro o Panamá Negro.

www.juanbolea.com

Cuando el detective Florián Falomir es contratado para esclarecer el robo de una talla de la Virgen sin aparente valor, no puede imaginarse hasta qué punto se le irán a complicar las cosas. Pronto se verá envuelto en una trama desbocada y trepidante cuya clave podría esconderse años atrás, cuando tres niños de un pueblo del Maestrazgo aragonés realizaron sendos milagros tras protagonizar supuestas apariciones marianas.

Los numerosos enigmas de este caso conducirán a Falomir hasta Israel. En la Ciudad Santa comprobará que no es infrecuente que peregrinos en trance místico se creen Jesucristo, Abraham o el Rey David. La psiquiatría denomina «síndrome de Jerusalén» a este grave trastorno de raíz religiosa, cuando el fanatismo puede rebasar los límites de la conciencia y originar comportamientos y consecuencias imprevisibles.

Un misterio que bucea en las experiencias religiosas extremas, desde las visiones sobrenaturales hasta las curaciones milagrosas o los estigmas, y que, a partir de tres historias que aparentemente no tienen nada en común, bascula entre el engaño y la fe y mantiene en vilo al lector con una intensa carga de intriga y tensión.

El síndrome de Jerusalén

,

El síndrome de Jerusalén

JUAN BOLEA

ALREVÉS
BARCELONA-2022

Primera edición: enero del 2022

Para Josep Forment, siempre con nosotros

Publicado por:
EDITORIAL ALREVÉS, S.L.
C/ València, 241, 4.º
08007 Barcelona
info@alreveseditorial.com
www.alreveseditorial.com

Esta novela ha sido galardonada con el Premio Letras del Mediterráneo que concede la Diputación de Castellón

© 2022, Juan Bolea

© de la presente edición, 2022, Editorial Alrevés, S.L.

ISBN: 978-84-18584-40-4

Código IBIC: FF

Producción del ePub: booqlab

Queda rigurosamente prohibida, sin la autorización por escrito de los titulares del «Copyright», la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento mecánico o electrónico, actual o futuro, comprendiendo la reprografía y el tratamiento informático, y la distribución de ejemplares de esta edición mediante alquiler o préstamo públicos. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal). Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

*A Mari Cruz Soriano y Juan Alberto Belloch, fuentes de
inspiración y amistad*

NOTA DEL AUTOR

Mi contribución a la novela negra incluye dos series protagonizadas por un par de personajes muy diferentes: la inspectora Martina de Santo y el detective Florián Falomir.

Cronológicamente, la primera en nacer a la ficción fue Martina. Esta fría, sofisticada y valiente inspectora me inspiró siete novelas de acción. En la última la invité a compartir el escenario del crimen con un detective privado a quien acababa de crear como contrapunto del investigador libre e inductivo.

Florián Falomir nació para fascinar al lector por su capacidad de resolver misterios, pero también con un alma humana, una pátina mundana, un carácter alegre y empático buen humor que lo alejaban del cliché de los enfurruñados y poco sociales sabuesos clásicos.

Para mi grata sorpresa, su extraña pareja con Martina de Santo funcionó a la perfección. Ambos congeniaron desde el primer momento. La amable disposición de Falomir disolvió el mu-ro tras el cual Martina se protegía de las relaciones sociales; a su vez, el genio de la inspectora enseñó a Falomir nuevos recursos con que enfrentarse a futuros desafíos profesionales.

Juntos resolvieron el caso de *El síndrome de Jerusalén*, aventura inspirada en el misticismo, la sugestión o la superchería religiosa, que ahora les ofrecemos nuevamente, añadiéndola a la colección de tres títulos de que ya consta la serie protagonizada por Florián Falomir: *Los viejos seductores siempre mienten*, *Sangre de liebre* y *La noche azul*.

JUAN BOLEA, 2022

1

Aquella tarde hacía demasiado calor.

Era 24 de junio, festividad de San Juan, uno de mis santos predilectos porque se alimentaba de langostas, como yo antes de mi segundo infarto. Obviamente, las langostas del Bautista y las mías pertenecían a especies distintas, pero el bochorno de Israel y el del valle del Ebro venían a ser parejos. Al menos, durante aquel tórrido verano.

Como si estuviéramos en Jerusalén, el termómetro de la plaza del Pilar marcaba cuarenta grados a la sombra. Sin necesidad de lumbre, se habrían podido prender hogueras en las calles.

Otro termómetro, el de la calle Alfonso, en el corazón del casco viejo de Zaragoza, donde abre mi agencia de investigación, llegaría a señalar por la tarde cuarenta y cuatro grados al sol.

¿Un infierno? ¡El infierno!

2

No fue una buena jornada de San Juan. Todo se torció, incluido el tobillo de Ana María, mi novia. Terca aragonesa como era, se empeñaba en andar sola por ahí sin el perro guía. A pesar de que acababan de instalar semáforos ultrasónicos de última generación —o quizá por su falta de costumbre de utilizar el nuevo sistema—, caminando sin ayuda se cayó al cruzar el paseo de Echegaray y Caballero. Tuvieron que darle varios puntos en una rodilla.

¿Más calamidades en aquella adversa jornada de San Juan? Me atraganté con un taco de atún que engullí en el primer bar que encontré al salir del ambulatorio donde habían atendido a Ana María y casi tuve que ingresar también porque una espina se me clavó en la tráquea. La sentí dentro, como una astilla, y me asusté. Cuando ya estaba buscando en mi cartera, entre mis tarjetas falsas, el carné de la Seguridad Social, conseguí tragar la espina con un bolo de miga de pan tan gordo que se me atragantó, obligándome a beber agua como un pez y soltándome las tripas. Tuve que meterme aprisa y corriendo en el lavabo del bar, donde no había papel, y utilizar una factura que llevaba en el bolsillo. De tan alterado como estaba, olvidé mi cita de las dieciséis quince en el bufete de Lecumberri & Sandiniés, uno de esos asuntos de absentismo laboral de los que vivimos los detectives. Llamé para disculparme, pero era tarde. La secretaria, muy irritada por el plantón, me comunicó que uno de sus jefes —bien el letrado Lecumberri, bien Sandiniés— había decidido contar en adelante con otra agencia de investigación «más seria».

Reuniendo los restos de mi maltrecha dignidad, repliqué indignamente:

—También yo le diré algo en serio, señorita: no la encontrará.

La secretaria de Lecumberri & Sandiniés me colgó con cajas destempladas y volví a mi agencia con el rabo entre las piernas.

Desde la oficina llamé a Ana María, a la que había dejado en su casa, al cuidado de su madre. Se encontraba mejor. No me necesitaba y, para compensar la pérdida de la cuenta Lecumberri & Sandiniés, intenté concentrarme en una denuncia de espionaje industrial de otro de nuestros clientes, Lavadoras Moncay.

Jesús *el Sucio* Moncay, su propietario, había estudiado conmigo en el Liceo. Era el más guarro de la clase, y siguió siéndolo hasta que hubo terminado Empresariales y su familia lo hubo colocado al frente de la firma de electrodomésticos. Días atrás vino a verme con caspa en los hombros, en el cogote un quiquiriquí de no haberse peinado al levantarse de la cama, y muy inquieto porque sus «competidores de la línea blanca no jugaban limpio». Pronunció los adjetivos «blanca» y «limpio» con la reivindicación de un converso, pero me ahorré los juegucitos de palabras porque, con un poco de suerte, Moncay iba a salvarnos las cuentas del mes. Me puse a estudiar el caso, pero el aire acondicionado de mi despacho se había estropeado y no se podía estar de calor, por lo que decidí salir a respirar a la ribera, con la esperanza de que refrescara un poco.

¡Vana ilusión! Un aire seco, quemado, me sofocó al cruzar el Puente de Piedra. Como malsana niebla, flotaba sobre el río una bochornosa calima. Caminar con semejante temperatura podía acarrearne un golpe de calor, pero

seguí avanzando con buen paso porque, a raíz de mi segundo infarto, mi médico, el doctor Tortajada, me había ordenado andar dos horas diarias, y lo cumplía a rajatabla. Cualquier sacrificio sería llevadero con tal de evitar un tercer colapso coronario. Bueno, cualquiera, no... Cuando mi siempre hambriento estómago se enfrentaba a una barra bien provista con criadillas, manitas o setas de temporada, la dieta se venía abajo y los azúcares arriba... Consecuencia de mis debilidades alimenticias, mi historial clínico sumaba más ingresos que mi pasaporte. Entre los peligros de mi corazón y los riesgos de un detective no había compañía que me suscribiera un seguro de vida.

Además de poco rentable, la mía no era nada segura. Había sufrido tres heridas de bala y un intento de linchamiento. Más dos infartos, como les decía. El primero me tumbó cinco años atrás en la noche de san Ivo, patrón de los abogados. El segundo, este último verano en una cama del Gran Casino de Castellón, tras una noche de loca pasión... Ayunar, caminar... En estos dos se encerraban los diez mandamientos del doctor Tortajada para quemar lípidos y desobturar arterias... Ajustándome a sus mandatos, alargué la zancada y llegué sudando como un buey almizclero al Puente de Hierro. Lo dejé atrás bajo un sol faraónico y seguí hasta el azud, en cuyas plácidas aguas entrenaba un solitario remero.

De joven fui piragüista y hoy siguen gustándome los kayaks. Adoro sus limpias estelas cortando el agua como cuchillos líquidos. Cuando necesito pensar en algún caballero susceptible de darme de comer o en alguna dama que me pueda quitar el apetito, suelo ir a ver las canoas. Nada me agrada tanto como tomar un vino blanco, y acaso unas almejitas, en la terraza del Club Náutico, contemplando las aguas del Ebro y soñando con el no tan

lejano mar... Pero no todo era idílico en la ribera. Sin necesidad de adentrarme en los sotos, aprecié restos de botellón, papeles, cristales rotos... Una cuna, neumáticos, plásticos... Estaba contando los preservativos colgados de los tamarices cuando recibí una llamada en el móvil.

3

—¿Falomir?

Era Valentín Vila, secretario del arzobispo de Zaragoza. Más popularmente conocido, por su elegancia en el vestir, como fray Valentino. Mucho más que un simple cura, incluso que un canónigo. Sacerdote con mando en plaza, su perfil respondía al de un palaciego eclesiástico, político, intrigante, muy influyente, con quien yo venía manteniendo una relación tan interesada por mi parte como ambigua por la suya. Éramos blanco y negro, carne y pescado. Si yo gozaba de la suerte de poder hacer lo que me gustaba, a fray Valentino le gustaba demasiado el poder. Y lo ejercía, ¡ya lo creo!, con la ventaja de tener a Dios de su parte.

—Buenas tardes, padre Valentín —lo saludé con tono servil—, ¿cómo se encuentra?

—Divinamente, gracias al Señor. Veo que me ha reconocido a la primera, Falomir.

—Le tengo en mi lista de contactos, pero aunque así no fuera habría identificado su voz. Es inconfundible.

El halago lo endulzó.

—¿Cómo de ocupado está, Falomir?

—Verá...

—¿Podría acudir al palacio arzobispal?

—¿Cuándo?

—Ahora.

—Podría en un rato, sí —condicioné, como si estuviera desbordado de faena. Mi experiencia como investigador privado me ha enseñado que hacerse esperar equivale a

hacerse valorar, y que hacerse valorar equivale a cobrar—. ¿Querría adelantarme el fondo del asunto, padre Valentín?

—Un robo.

—¿De alguna pieza sacra?

—Preferiría no hablarlo por teléfono, si no le importa.

Y colgó.

4

Con la debida calma, a fin de hacerme esperar y, en consecuencia, valorar, crucé el río por el Puente de Hierro y me dirigí paseando tranquilamente hacia el palacio arzobispal.

El secretario me estaba aguardando en su despacho de la archidiócesis, sentado muy derecho detrás de un escritorio de brillante y barnizada madera, tan atrincherado de papeles que el crucifijo de alabastro se apoyaba entre dos pilas de legajos por cuyo resquicio asomaban su afilada nariz y sus pobladas cejas.

Fray Valentino —«¡Cómo le cuadra el mote!», pensé— lucía un clérigan de impecable factura, con blanquísimo alzacuellos y perfecto asentamiento en solapas y hombros. No en vano, recordé, le cosía a medida un sastre romano especializado en vestir a los príncipes eclesiásticos con las mejores lanas y gorinas, respuntando a mano los ojales y el delicado raso de los forros.

Tanta urgencia como tenía en verme se tornó indiferencia en cuanto me tuvo delante. No se levantó para recibirme y ni siquiera me dio las gracias por haber acudido a su cita. Sin dejar de escribir, se limitó a ordenarme con una voz tan afilada como el abrecartas que descansaba cerca de su mano diestra, como un arma presta a ser empuñada:

—Aguarde a que concluya, Falomir.

No me indicó que me sentara, pero yo lo hice frente a su pulcra imagen de galán de confesionario y a su mirada oblicua, inclinada sobre la nerviosa escritura, frente a su

tersa piel y a su frondoso pelo castaño. A su espalda colgaba un san Jerónimo de la escuela de Bayeu que mi hermanastra Pilarcha había restaurado cuando aún recibía encargos de la diócesis. Había sido un buen trabajo y me sentí orgulloso de ella. Pero la facturación de Pilarcha había disminuido desde que el arzobispado tomó la decisión de abrir su propio taller de restauración. El promotor de dicha iniciativa no había sido otro que aquel todopoderoso fray Valentino, de quien se aseguraba que mantenía secuestrada la voluntad del arzobispo. Desde entonces, la mayor parte de las restauraciones de óleos y tallas, retablos y libros sagrados se llevaban a cabo en el sótano del palacio diocesano.

—Estoy acabando la homilía de don Jesús —se excusó, sin dejar de rascar el pliego con una Parker Duofol de resina jaspeada cuyo precio, y sé lo que digo, pues algo entiendo de estilográficas, no bajaría de cuatrocientos setenta y cinco euros—. Es para hoy. ¡Todo para hoy! —protestó, como si el peso de la diócesis descansara sobre sus hombros.

Un rato siguió aún concentrado en tachar y corregir el sermón. Su marmórea mano sobrevolaba el papel. En el anular lucía un sello con la paloma del Espíritu Santo, pero fray Valentino no era ningún santito. Su carrera eclesiástica se debía tanto a su inteligencia como a su buen porte y malas artes para la intriga. A sus cuarenta años, el secretario del arzobispado era un hombre atractivo pero sombrío, del que emanaba una oscura seducción, la de alguien con demasiados secretos y muy escasos o ningún confidente a quien revelárselos. No se confesaba ni confiaba en nadie, mucho menos en mí, aunque a veces me contratara para algún trabajillo. Su óvalo facial, de angulados pómulos, subrayaba su aire tenebroso y

aristocrático, con excepción de la mínima boca, apenas una rosada línea, un trazo cruel de labio lívido que, si brillaba con una sonrisa, no era tanto para agradar como para emboscar sus verdaderos pensamientos.

—Creo que ya está —juzgó, releyendo con indulgencia sus propios párrafos—. Confiemos en la aprobación de don Jesús, aunque últimamente ande de mal humor. ¡Por todo protesta!

Ese comentario no dejó de extrañarme porque yo tenía al arzobispo de Zaragoza, Jesús Azofra, por hombre campechano, un poco al modo de los antiguos párrocos rurales, aquellos, según mi madre, «de pellizco, bendición y pollo a la chilindrón». En absoluto intransigente o quisquilloso.

—¿Y qué irrita tanto al señor arzobispo, si puede saberse?

—Sus frecuentes desmemorias, que si ha olvidado la cartera, el misal, que si se le ha pasado afeitarse o tomar sus kiwis para desayunar, más los conflictos que otros obispados, en particular el de Lérida, le hacen padecer. ¡No hay peor cuña que la de la propia madera!

Lo primero —esos olvidos— podía responder a un rumor no confirmado, el que venía atribuyendo a monseñor Azofra un principio de Alzheimer. En cuanto a lo segundo, lo entendí a la primera, no en vano fray Valentino acababa de referirse a la llamada «causa». Una histórica reclamación de los obispados aragoneses a los catalanes por culpa de un centenar de obras artísticas, románicas y góticas que, con la excusa de ser restauradas, habían sido trasladadas desde sus legítimas propietarias, las parroquias aragonesas limítrofes con Cataluña, al Museo Diocesano de Lérida, en cuyas salas se exhibían como propias. El Vaticano había fallado a favor de la devolución de las piezas a Aragón,

pero monseñor Sistac, el obispo de Lérida, ignorando las sentencias de los tribunales vaticanos, que daban la razón a los curas aragoneses, dejaba pasar el tiempo sin restituirlas a sus dueños. De vez en cuando, monseñor Azofra, o los obispos de Huesca y Barbastro, se lo recordaban, urgiéndole la devolución de los tesoros artísticos, los cálices, los retablos, las vírgenes, a sus parroquias de origen, pero era inútil. Y a esa greña andaban, con idas y vueltas a los tribunales vaticanos y rumor de sotanas de fondo.

Yo empezaba a preguntarme para qué diablos se me habría convocado, cuando fray Valentino se atusó el cabello, encapuchó la pluma y desveló con aire enigmático:

—Y lo que ha sucedido en Arenas de Huerva no ha contribuido precisamente a mejorar el ánimo del señor arzobispo.

—¿Y qué ha sucedido en Arenas de Huerva, padre Valentín?

—Que alguien ha robado la virgen. Los ladrones aprovecharon unas obras para entrar en la ermita.

—¿Ladrones, padre Valentín? ¿Se refiere a una banda?

—Era una forma de hablar... No sabemos si fue uno o fueron más. El caso es que se llevaron la talla.

—¿Tan solo robaron una virgen, nada más?

—Únicamente.

—¿Es muy valiosa?

El secretario se encogió de hombros.

—No.

La respuesta me confundió. ¿Para qué habrían llamado a un detective, entonces?

—¿Disponemos de documentación de la pieza sustraída?

—En esa carpeta —indicó, señalándome un archivador más cerca de mí que de sus largos brazos.

—¿Cuándo ha sido el robo, esta pasada noche?

—No. Hace ya... algún tiempo.

Lo contemplé con la severidad de esa mirada mía de abogado defensor cuya traducción, más o menos, reza así: «Si quieres que mienta por ti, ayúdame con la verdad».

—¿Cuánto tiempo ha pasado desde el robo, padre Valentín?

—Un mes. —Enrojeció.

La conclusión era obvia: la Guardia Civil no había logrado dar con la talla y por eso acudían a un investigador privado. Ser plato de segunda mesa no iba a ofenderme, pues según mi biblia parda los últimos serán los primeros... en cobrar. Con gesto de aceptar el encargo saqué mi pluma, una Pelikan que uso para diario, y una libretita.

—¿Podría decirme cuál fue la fecha exacta del robo, padre Valentín?

—La víspera del 1 de mayo.

Abrí la boca, la cerré y la volví a abrir.

—¿No cree que ha pasado demasiado tiempo?

—Depende de para qué —se defendió con alacridad.

—Mes y medio —subrayé.

—Sé sumar, Falomir. Cincuenta y cinco días.

—Pero no en Pekín.

—En Pekín no había vírgenes —replicó fray Valentino, enviscando la voz—. Aunque sí numerosos ateos como usted.

A punto estuve de responderle que entre el Altísimo y yo se había restablecido una cierta y acaso cordial relación, condicionada a que Él hiciese funcionar debidamente mi corazón, que yo, en justo intercambio, me aplicaría a depurar de impurezas mi alma, pero aquel nuevo encargo iba a suponer ingresos, que buena falta me hacían, por lo

que me limité a abrir la carpeta y a leer en silencio la información sobre la pieza sustraída en Arenas de Huerva.

Además de una copia de la denuncia del robo ante la Guardia Civil, se incluían un par de fotos que representaban a una virgen normal y corriente, de madera, de unos cincuenta centímetros de altura, barnizada en un tono marrón oscuro y tocada con una túnica y un velo de gasa con estrellitas. El cincel del anónimo artista había logrado conferir dignidad a los rasgos de aquella pieza de aire vagamente arcaico, pero nadie habría dicho que se trataba de una obra maestra.

Ni siquiera, concluí, de «una obra».

—No parece trabajo de un profesional. El botín no lo justificaría.

—Coincidimos, Falomir —masculló fray Valentino, un tanto ausente, como si su cerebro se hubiera puesto a dar vueltas a otra cosa—. Un hurto tan anecdótico jamás llevaría la rúbrica de Erik *el Belga*, por citar un mal ejemplo, si no el peor.

En tal caso, ¿para qué me contrataban?, volví a preguntarme. ¿Y a santo de qué venía la mención a Erik *el Belga*? El famoso ladrón había traído de cráneo a la archidiócesis en los años ochenta. El Belga desvalijó un buen número de ermitas, colegiatas e iglesias. Era muy profesional, disponía de información exacta y trabajaba rápido, sin dejar pistas. Una red de contactos lo ayudaba a colocar la mercancía en el extranjero, entre una clientela de millonarios excéntricos y coleccionistas particulares. A juzgar por la cantidad y calidad de lo que robó, debió de ganar una fortuna.

Mi padre y él se conocían. Nunca supe de qué, pues papá, mientras estuvo al frente de nuestra tienda de antigüedades, jamás aceptaba materiales de dudosa

procedencia. Él no tenía mala opinión de Erik, quien, dándole en parte la razón, acabaría arrepintiéndose públicamente y solucionando sus deudas con la justicia a base de confesiones que facilitaron el rescate de algunos de los tesoros expoliados, como la silla del obispo Ramón de la catedral de Roda de Isábena. El Belga, convertido en una celebridad, vino a vernos a Zaragoza. Yo era muy niño, pero recuerdo que mi padre reservó mesa en un lujoso restaurante, que la comida entre ambos se alargó hasta el atardecer y que cuando fui a buscarlos tenían dificultad para expresarse en cristiano de lo que habían bebido. ¿De qué habrían hablado durante tanto rato? Nunca lo supe. Mi padre tenía sus secretos. No tantos como los de Erik *el Belga*, seguramente, pero los tenía.

El silencio del secretario me indicaba que la entrevista había finalizado. Me puse en pie con la carpeta debajo del brazo.

—¿Puedo quedarme la documentación?

—Es para usted. En un sobre encontrará el teléfono del párroco de Cariñena, de quien depende Arenas de Huerva. Fue el primero en alertar del hurto. Le sugiero que contacte con él.

—Lo haré.

—¿Alguna otra pregunta?

—¿Y respecto a mis honorarios, padre Valentín...?

—Los discutiremos en cuanto el señor arzobispo me autorice el gasto.

Me acompañó a la puerta. Al abrirla, vimos al señor arzobispo en el corredor inundado de sol, a pocos pasos de nosotros.

Monseñor Azofra iba acompañado por un ciudadano llamado Fernando Serret, a quien muy a disgusto reconocí. Su padre, Luciano Serret, me había despedido de uno de mis pocos trabajos fijos, dejándome seis mil euros a deber. Durante tres años me había confiado la seguridad del Gran Casino de Castellón, que era de su propiedad, hasta que un mal día me puso en la calle, acusándome de incompetencia y dejación de funciones, entre otros cargos presentados por sus abogados. Que debían de ser bastante buenos porque perdí el pleito.

Don Luciano inspiraba división de opiniones. Para unos, era un gran empresario, benefactor y mecenas, caballero de la Virgen del Pilar, vicepresidente del Real Zaragoza, presidente de la Cámara de Comercio de Castellón y un largo etcétera de cargos honorarios y ejecutivos; para otros, entre los que yo me contaba, un mafioso con quien mis códigos para hacerse respetar y valer, incluso para cobrar, no funcionaban.

Monseñor Azofra también nos había visto. Con cierta dificultad, debido a su peso, se dirigió hacia nosotros. Por su apariencia externa, nadie habría adivinado su rango. Llevaba una simple sotana y, colgada al cuello, una cruz de madera sencilla como la de un cartujo. Nada de bonete púrpura ni anillo episcopal.

—¡Cuánto me alegra verle, Falomir!

—No más que a mí, eminencia.

—Déjese de protocolos... Hacía que no coincidíamos...

—Una eternidad, santidad.

El prelado soltó una risa de ogro.

—¡Santidad! ¡Qué cosas dice usted, Falomir! ¡Siempre tan obsequioso! Sepa que está delante de un gran pecador. Pero tampoco vaya a aplicarme dicho tratamiento...

De nuevo rio guturalmente, su nuez subiendo y bajando como un níspero por su garganta de toro.

—¿Cómo está su hermana, mi queridísima y devotísima Pilarchica?

—Soltera y sin compromiso. ¡Mucho mejor que yo!

Azofra dio una suave palmada en el aire y siguió sonriéndome con aire bondadoso. ¿Dónde habría quedado ese supuesto mal humor de que se quejaba su secretario? Todo era inocente alegría en aquel enorme y casto varón, cerca de dos metros con hechuras de mesa camilla, una cara ancha, sonrosada, y una mirada chispeante aferrada a un carácter jovial. Nacido en Calatayud, hijo de agricultores, Jesús Azofra había sido en su juventud cantador de jotas. Se rumoreaba que durante la visita del papa Juan Pablo II, que se había alojado en el palacio arzobispal, deleitó al pontífice con una selección de las más populares, dedicadas a la Virgen del Pilar. Era también un notable teólogo, con tres carreras universitarias y dominio de las lenguas clásicas. Contaba con el respeto intelectual de la curia y de buena parte de la sociedad civil, y con varias publicaciones sobre las modernas formas de apostolado y devoción popular.

Con aire malicioso, don Jesús agregó:

—Que no le oiga quejarse, Falomir, que menudo angelico le ha caído del cielo en forma de novia...

No suelo hacerlo, pero me ruboricé.

—Ana María Romero y yo tan solo...

—Les vi la otra mañana por la plaza del Pilar. Hacen muy buena pareja.

—Gracias a ella, que es...

—Una mujer para toda la vida, Florián, téngalo bien presente. Si requieren mis servicios a pie de altar, me proporcionaré sumo gusto unirles en santo matrimonio.

El prelado volvió a celebrar su ocurrencia con otra risa y me introdujo a su acompañante.

—¿Se conocen ustedes? Don Fernando Serret, uno de nuestros arquitectos. Está acometiendo la reforma del Museo Diocesano. Y, de paso —volvió a reír—, las cañerías de mi alcoba.

Asentí mirando con provocativa fijeza a los ojos caídos e insípidos de Fernando Serret, cuya soberbia actitud era sustancial a su naturaleza, como el fango lo es al agua clara del arroyo. Con los políticos e instituciones, con el poder, no sé por qué, ese airecillo de superioridad, que en el fondo solo respondía al intento de maquillar sus complejos, le funcionaba. Yo había tenido que tragarme unas cuantas humillaciones suyas cuando trabajaba para su padre, y lo tenía clasificado como afeminado y esquivo. Iba de intelectual. Solía vérselo en actos culturales, conciertos, exposiciones, presentaciones de libros... Había escrito uno acerca del renacimiento italiano, creyéndose el muy iluso un nuevo Taine, un Ruskin. Me tomé la molestia (lo fue) de leerlo. Un refrito, un eco. Como él.

Aquella irrespirable tarde, Fernando Serret vestía con estudiado descuido un traje de alpaca que debía de haberle costado la mitad de lo que su padre me había dejado a deber, y casi lo que me darían de tercera mano por el Volkswagen Escarabajo de 1968 (matriculado en mayo) que yo había comprado de segunda a Rodolfito Lugo, gerente del Bora-Bora, un *café concert* que hizo furor en la ciudad y donde, por primera vez, pudo verse un *striptease* integral. El aspecto de Fernando Serret era el de un hombre de unos

cuarenta años, pusilánime y resbaladizo, ya digo, pero a quien la vida se empeñaba en mantener bien comido y mejor servido, aunque él permaneciera casi siempre triste o distante y acaso secretamente ofendido, como lamentándose en el silencio de su alma por las injusticias que el mundo había cometido contra él.

—¿Qué tal la familia? —me interesé con retintín.

—Mi padre, como un tronco —repuso con ahusada voz—. Todos en casa disfrutando de buena salud.

—¿Y su hermana, cómo sigue?

—¿Cuál de las dos?

—Catalina.

—En el último curso de Medicina y muy centrada con su novio.

—¿Uno nuevo?

El arquitecto se mordisqueó el labio inferior.

—Salen hace tiempo.

—¿También lo conoció en el Gran Casino de Castellón?

—El novio de Catalina es uno de sus profesores.

Fray Valentino me lanzó una mirada admonitoria, pero era demasiado tarde para detenerme y me lancé sobre Serret como el águila sobre la res.

—¿De qué asignatura? ¿Anatomía comparada?

La ira enrojeció su rostro y pensé que iba a golpearme, pero el único hijo varón de don Luciano no había salido a su padre y dio un paso atrás renunciando a la pelea. Para evitar mayores males, el secretario me tomó del brazo, apartándome hacia el rellano de las escaleras de piedra que descendían al patio. El arzobispo se alejaba a su vez con el arquitecto cuando se giró, como si acabara de recordar algo.

—¡Un momento, Falomir, no se vaya aún! Acabo de comprender el motivo por el que ha venido. Le habremos

llamado por el robo de Arenas de Huerva. ¿No es así, padre secretario?

—Así es, don Jesús.

—¿Podemos confiar en su eficacia, Falomir?

—Haré todo lo posible por recuperar la talla robada — prometí.

—Se lo ruego —me acució el arzobispo, cogiéndome las manos. Su mirada denotaba una intensa preocupación—. Cuando se profanan objetos sacros es como si me arrancaran trocicos de alma, pero el secuestro de esa pobre virgen me ha llegado al corazón.

—¿Ha sido secuestrada? —me asombré.

—¡Hay que liberarla! —fue su respuesta.

Parecía hondamente conmovido. Su diestra se alzó como para bendecirme, pero en el último instante la moderó a una paternal caricia y sentí en la mejilla su palma caliente como una torta recién sacada del horno.

—Hay que ser desalmado para hacer algo así —agregó el prelado—. Llevarse una pobre virgen a la que yo, a la que yo...

Le faltaba el aliento y no pudo concluir. Le aseguré que me consagraría en cuerpo y alma a recuperar la talla y volvió a darme las gracias y a cachetearme fraternalmente. Guiñó los ojos varias veces y, como si perdiera el oremus, preguntó a su secretario si había visto su misal, pues no conseguía recordar «dónde *recontra*» lo había dejado. Tras repetir que tenía que despachar con el arquitecto, se alejó por el acristalado corredor.

Fernando Serret lo adelantó para abrirle con deferencia la puerta de sus estancias privadas, donde yo no había estado y probablemente jamás entraría. La doble hoja lacada en blanco, con decoración de espigas doradas y plateados peces, se cerró tras ellos.

No sin recordar a fray Valentino que mis honorarios, conforme al índice de carestía de la vida, se habían incrementado un tres por ciento desde el encargo anterior, me despedí para regresar a mi territorio natural: el mundo, el diablo, la carne.

6

Al día siguiente no me apeteció utilizar el Seat Toledo que mi socio y yo empleábamos para las vigilancias, y que habitualmente quedaba guardado en la plaza del Carbón a razón de sesenta euros al mes, por lo que me dirigí al aparcamiento de la calle Sepulcro, próximo a mi casa, en cuyo tercer sótano, a razón de otros sesenta euros mensuales, duerme mi veterano y querido Escarabajo, con sus trescientos mil kilómetros y buena parte de mi historia sobre sus cuatro ruedas.

La mecánica del Escarabajo andaba un poco como mi corazón. A veces resollaba y le costaba arrancar, pero aquella mañana debía de andar listo para una nueva aventura porque en cuanto introduje la llave de contacto ronroneó como si se alegrara de verme.

Su aire acondicionado, como el de la agencia, se había estropeado, y el presupuesto de reparación que me dieron en el taller era inasumible, de modo que bajé la capota, metí marcha atrás, maniobré hasta romper a sudar porque, más que un guardacoches, ese garaje es una catacumba y subí la estrecha rampa helicoidal con los cinco sentidos para no rayar unos recodos con más muestras de colores que un catálogo de pintura plástica. La salida daba a un Ebro reducido a un riacho por la sequía. Tan agostado que habría podido cruzarse con agua a la rodilla.

Cerca de media hora me llevó atravesar media ciudad con un tráfico lento y espeso, contaminado de gases, ruidos y malhumorados conductores, hasta enfilear la carretera de Valencia.